

## LA SALIDA DEL SOL

LA SALIDA DEL SOL

I

La lucecilla, sobre el escritorio, no podía más. Sollozaba desesperadamente bajo la verde pantalla y temblaban todos los objetos de la estancia, como si quisiera ahuyentarlos y no supiese decirlo de mejor modo que con aquel agonizante parpadeo. Incluso parecía presa de espanto, porque en el profundo silencio de la noche llegaba de vez en cuando hasta Augusto, que paseaba por la habitación, perdido en la sombra y reaparecido de súbito en el palpar de la lámpara, la voz de su mujer llamándole desde las habitaciones interiores de la casa, como desde un subterráneo, con voz ronca y áspera.

—¡Augusto! ¡Augusto!

Pero éste, invariablemente, deteníase, e inclinándose dos veces, respondía a aquellos gritos con voz queda:

—¡Revienta! ¡Revienta!

Vestido de etiqueta, con su frac, la luciente pechera, algunas muecas de risa en su semblante de muerto, visajes que la luz reflejaba hasta en el techo, parecía Augusto Bombichi blanco como la cera, casi un cadáver. ¿Cómo llamarle de otro modo cuando sobre la misma mesa y al lado de la lámpara un revólver pequeño, con mango de nácar, centelleaba herido también en su despertar intermitente y desesperado?

—Muy bonito, ¿eh?

Porque aun cuando parecía estar solo Augusto Bombichi, hay momentos en que cada uno habla consigo mismo como si dialogase, ¿con quién diría? Por ejemplo: con el que hacía tan solo tres horas, antes de que fuese al Casino, intentaba disuadirle de este propósito. Pero él, terco, quiso ir al Casino de la Amistad. ¡Sí, todos muy buenos amigos! Había que ver con qué delicadeza habían pasado los últimos billetes de mil liras de sus manos a las garras de aquellas aves de rapiña, amicísimos caballeros que, finalmente y bajo palabra de honor dada por Augusto, aún le otorgaron un crédito cuya cuantía no recordaba con precisión. Pero, ¿qué le importaba ya?

—¡Dentro de veinticuatro horas! . .

El revólver: no tenía otro remedio. Cuando la puerta del infortunio nos dá en las narices, perdida toda esperanza, negándonos todo desquite, es inútil continuar: lo mejor es volver las espaldas o irse con la música a otra parte.

Además, estaba hastiado; sentía amargor, y no de bilis. Asco de todo, quizás. Se había divertido mucho en la vida, jugando con ella como con una pelota de goma; hasta halló una amiga que le acompañase en esta diversión, y el esférico iba de uno a otro y tras él, cuando erraban el golpe, precipitábanse, palpitantes, corriendo aquí y allá para apoderarse del voluble juguete. Y como si la Tierra toda no hubiese sido más que una pelota hecha por el Creador para su goce, habíala recorrido y disfrutado en todas sus direcciones, tanto, que nada le quedaba en ella por explorar. Y por añadidura, como cuando un neumático sufre un pinchazo, se le desinflaba ahora, de un modo irremediable, entre las manos. ¡Adiós, pues, a la vida y en paz con todo el mundo!

—¡Augusto! ¡Augusto!

—¡Revienta! ¡Revienta!

Habíale ocurrido la mayor de las desventuras hacía seis años durante un viaje por Alemania, en los amenos parajes del Rin, en Colonia, la última noche de Carnaval, en que la vieja ciudad católica parecía como enloquecida. Ciertamente,

no porque estuviésemos en Carnaval era más legítima la disculpa. Había salido de un café de la *Höhe Strasse*, con la honrada intención de retirarse al hotel. De pronto, sintió la cosquilla de una pluma de pavo detrás de la oreja. ¡Sí, señores, una cosquilla detrás de la oreja y de pluma de pavo! ¡Maldita y atávica habilidad simiesca! Impetuoso, cogió la pluma tentadora; pero al volverse triunfador, (¡pobrecillo!) vióse ante tres mujeres, tres muchachas que reían y gritaban y brincaban como potros salvajes, agitando ante sus ojos las manos de innumerables dedos ensortijados, rutilantes. ¿A cuál de las tres pertenecía la pluma? Ninguna quería decirlo. Pero él, en vez de dar de cachetes a las tres, escogió infortunadamente la de en medio, restituyéndole con un galante gesto la pluma, pacto de matrimonio convenido, según la tradición carnavalesca: un beso o un capirotazo sobre la nariz y trato hecho. Sí, señores, un capirotazo en la nariz.

Pero la condenada, al recibirlo, entornó los ojos de tal manera, que a él se le inflamó la sangre... Y un año después, casados. Y seis años más tarde:

—¡Augusto!

—¡Revienta!

Por fortuna no tenía hijos. Aunque de haberlos tenido ¡quién sabe si no hubiese sido feliz!

Ella, la bruja repintada, quizás se hubiese

amoldado a la nueva existencia, caso de no morir como él le sugería amorosamente. ¡Bah! ¿A qué pensar en todo esto? ¡Cuatro palabras de despedida escritas en un papel... y concluyamos de una vez!

—¡No veré el nuevo amanecer!

Decir esto Augusto y quedarse absorto, todo fué uno, como asaltado por una extraña idea. ¿El amanecer? No recordaba, en los cuarenta y cinco años de su vida, haber visto jamás la salida del sol. ¿Qué era y cómo era el alba? Había oído hablar de la aurora, como de un bello espectáculo que la naturaleza ofrece generosa a quien madruga. Presentía lo que el alba pudiera ser por las descripciones que, en prosa o en verso, había leído; pero, bajo palabra de honor, por sus propios ojos jamás había visto el nacer del día.

—¡Qué demonio! ¡Pues es verdad, que nunca he visto la salida del sol! ¡Quizás se trata de un necio espectáculo, cuando tanto lo alaban los poetas! Pero lo cierto es que no lo conozco y no quisiera morir sin conocerlo. Total, dentro de un par de horas... ¡Magnífica idea! Ver como sale el sol aún cuando no sea más que una vez y, en seguida... ¡Sí, magnífico, magnífico!

Se frotó las manos satisfecho ante esta imprevista resolución. Despojados de todas las miserias; libre de toda preocupación; a campo raso, como el primer hombre o el último sobre la haz de la

tierra; erguido sobre sus pies o cómodamente sentado sobre una piedra o más bien aún, con las espaldas apoyadas en el tronco de un árbol, la salida del sol sería un espectáculo delicioso. Ver como comienza otro día para los demás y no para sí, es decir, otro día de los conocidos, con sus tedios, sus consabidos negocios, viendo los mismos rostros, oyendo las mismas palabras. ¡Dios mío! Es una felicidad poder decir: «¡Ya no existís para mí!»

—¡Magnífico! ¡Magnífico!

Sentóse ante su mesa y, entre los sollozos de la lucecilla moribunda, escribió en estos términos a su mujer:

«Querida Aennchen: Te dejo para siempre. La vida, como tantas veces te he dicho, me ha parecido siempre un juego de azar. He perdido y pago. No llores, querida. Te estropearías inútilmente los ojos y bien sabes tú que eso me disgusta. Te aseguro, que, por otra parte, todo esto no merece la pena. Adiós, pues. Antes de que despunte el día, me hallaré en sitio desde el que pueda gozar la salida del sol. He sentido en este instante una vivísima curiosidad de asistir, al menos una vez, a este tan cacareado espectáculo de la Naturaleza. Bien sabes que a los condenados a muerte no se les suele negar sus últimos deseos, y yo quiero proporcionarme esta satisfacción.

Sin otra cosa que decirte, te ruego que no me creas más tu affmo.

Augusto.»

Y como su mujer se hallaba despierta en las habitaciones de abajo, temió que, de subir, descubriese la carta sobre la mesa, al abandonar él la casa, é hiciese fracasar su plan. Decidió, pues, llevarla consigo y echarla sin sello en cualquier buzón de la ciudad.

—¡Ya se encargará ella de pagar el franqueo y quizá sea esta su única pesadumbre! ¡Tú, aquí! —añadió después, como dialogando con el revólver, y echándose al bolsillo del chaleco de terciopelo negro, ampliamente abierto sobre la pechera. Y tal como se hallaba, con sombrero de copa y frac, salió de su casa para saludar la salida del sol y enviar cariñosos recuerdos a los supervivientes.

## II

Había llovido, y en las desiertas calles, la luz amarilla de los somnolientos faroles reverberaba, trémula, en las charcas. Comenzaba el cielo a serenarse y aún rielaban aquí y allá algunas estrellas. ¡Menos mal que no se le aguaba el espectáculo!

Miró el reloj: las dos y cuarto. ¿Y había de esperar por las calles, en aquella guisa, dos, tres

horas, quizás más? ¿A qué hora salía el sol en aquella estación? Hasta la Naturaleza, como un teatro cualquiera, daba sus espectáculos a hora fija. Pero este horario era desconocido para él.

Como se retiraba muy tarde todas las noches, estaba habituado al ruido de sus pasos en las largas y silenciosas calles de la ciudad. Es verdad que las demás noches sus pasos tenían una meta conocida; cada nuevo paso, le acercaba más a su hogar, a su cama. Ahora, por el contrario...

Se detuvo un momento. A lo lejos, casi a ras de tierra movíase una luz a lo largo de la acera, dejando tras sí una sombra vacilante de animal que no se tuviera bien sobre sus piernas; total, un colillero y su linterna.

Se aproximaba. ¿Y era posible que aquel hombre pudiese vivir de lo que los demás echaban, de una cosuca amarga, venenosa, repulsiva?..

—¡Dios mío, que repulsiva es también la vida!

Tuvo sin embargo la tentación de acompañar en su busca al colillero. ¿Por qué no? Ahora podía permitírsele todo. Esto hubiera sido una distracción y aún quizás el medio de adquirir un nuevo conocimiento. ¡Jesucristo! ¡Si desconocía tantas cosas! Le llamó y le dió un habano apenas encendido.

—¡Ah! ¿Te lo fumas?

Sucio, hispido, aquél abrió la boca desdeñada y fétida. Con risa imbécil, respondió:

—Primero la reduzco a colilla; después la junto con las otras. Gracias, señorito.

Augusto Bombichi le examinó con desprecio. Pero también el colillero le miraba con ojos pitafiosos, vitrificados por las lágrimas de frío, y con aquel ignominioso rictus impreso en sus labios, como si...

—Si usted quisiera, señorito...—dijo en efecto, al fin, guiñando un ojo.—Está aquí, a dos pasos...

Augusto Bombichi le volvió las espaldas: «Alejémonos, es mejor irse, acabar. Y ante todo salir de la ciudad, de aquella cloaca. Alejémonos. Caminando al descubierto, encontraré el punto mejor para gozar el último espectáculo, y adiós».

Y echó a andar, decidido, hasta trasponer las últimas casas de aquella calle que desembocaba al campo. Aquí se detuvo y miró a su alrededor como extraviado. Después levantó los ojos a lo alto. ¡Ah, el cielo amplio, libre, férvido de estrellas! ¡Qué titilar de luces innumerables, qué palpar continuo! Lanzó un suspiro de sosiego, se sintió confortado. ¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Cuán diversa era la noche aquí, tan solo a dos pasos de la ciudad!. . El tiempo que allí, para los hombres, era guerra, intrigas y tristes pasiones, tedio amargo y destructor, aquí era atónita, extática quietud. ¡A dos pasos, otro mundo! ¿Por qué, sin embargo, sentía una extraña irresolución, casi de espanto, que le impedía andar?

Los árboles, deshojados por los primeros vientos del otoño, surgían en torno suyo con gestos de fantasmas llenos de misterio. Los veía así por primera vez, y sentía una pena indefinible. De nuevo, detúvose perplejo, casi oprimido de miedo estupor; volvió a mirar en torno, en la obscuridad.

El brillar de las estrellas que perforaba y dilataba el cielo, no llegaba a ser luz en la tierra; pero al lúcido temblor de allá arriba, parecía responder lejos, muy lejos, de la tierra toda, un temblor sonoro, continuo, el estridir de los grillos. Aguzó los oídos a aquel canto, suspensa toda el alma; percibió entonces hasta el rumor vago de las últimas hojas, el confuso mormojeo del inmenso campo durante la noche, y sufrió un ansia extraña, una alarma angustiosa ante aquella inmensidad indefinida, ignota, que hormigueaba en el silencio. Instintivamente, para sustraerse a estas pequeñísimas, sutiles percepciones, reanudó su marcha.

Por un canalillo, a la derecha de aquel camino campestre, discurría el agua, silenciosa en la sombra, animada, aquí y allá, momentáneamente, como por el reflejo de alguna estrella, o quizás fuese porque alguna luciérgana, volando sobre ella, le enviase su luz.

Caminó algún tiempo a lo largo de aquel surco, hasta encontrar un primer pasadizo que cruzó

para internarse en la campiña. La tierra estaba resblandecida por la lluvia reciente; goteaban aún los zarzales. Dió, enfangándose, algunos pasos y se detuvo descorazonado.

¡Pobre traje negro! ¡Pobres zapatos de charol! Pero en fin ¿a qué estos escrúpulos? ¡Adelante! Al fin y al cabo, también constituía un placer deteriorar aquellas ropas.

A lo lejos ladró un perro.

—¡Alto!—se dijo Bombichi.—¡Se prohíbe el paso! Bueno, muramos, sí, pero con las piernas sanas.

Intentó desandar lo andado: ¡cataplum! resbaló por la fangosa cuesta, y en un cerrar y abrir de ojos, hundió un pié en el canalillo.

—¡Pediluvio a medias! ¡Vamos, vamos, paciencia! ¡En último término, ni siquiera me queda ya tiempo para constiparme!

Sacudióse el agua de la pierna mojada, y trepó con dificultad a la parte alta del camino. Aquí la tierra estaba más firme, el campo menos arbolado. A cada paso temía un nuevo ladrido.

Poco a poco habituáronse sus ojos a la obscuridad; vislumbraba, a cierta distancia, los árboles. No descubría por ningún sitio el menor vestigio de vivienda.

Puesta toda su atención en superar las dificultades del camino, con aquel pié empapado que le pesaba como el plomo, no pensó más que

en el propósito violento que le había lanzado de noche, allí, por los campos. Se internó sin detenerse a campo traviesa. El terreno declinaba ligeramente. Lejos, muy lejos, en el fondo del cielo, se dibujaba, negra, en la altura sideral, una extensa cordillera. Se dilataba el horizonte; hacía ya mucho que no veía árboles. ¡Vamos! ¿No era mejor detenerse allí? Tal vez el sol saliera de aquellos montes lejanos.

Miró de nuevo el reloj y le pareció de momento imposible que fuese ya cerca de las cuatro. Encendió una cerilla: sí, efectivamente, las cuatro menos seis minutos. Se maravilló de haber caminado tanto. En efecto, estaba cansado. Se sentó en el suelo; después descubrió, cerca, un peñasco y pensó hallar en él más cómodo asiento. ¿Dónde estaba? Oscuridad y silencio...

—¡Esto es una locura!..

Espontáneamente acudió a sus labios esta exclamación, como un suspiro del buen sentido, tanto tiempo anublado en él, oprimido. Pero, rehecho del momentáneo aturdimiento, su espíritu estrambótico, que a tantas locas aventuras le había arrastrado, se sobrepuso con tiránico dominio a la cordura, e hizo suya la exclamación. Si, locura era aquella nocturna jira tan desagradable. Hubiera hecho mejor matándose en casa cómodamente, sin el pediluvio, sin ensuciarse los zapatos, los pantalones, el frac,

y sin tantas fatigas. Verdad es también que dentro de poco iba a sobrarle tiempo para descansar. Y después de todo, ya que había llegado hasta allí... sí; pero ¡quién sabe cuánto tiempo tardaría aun la dichosa salida del sol!.. Quizás más de una hora; ¡una eternidad!.. Y abrió la boca en un formidable bostezo.

—¡Ay! ¡Ay!.. ¡Si me durmiese!.. ¡Brrr!.. ¡Qué frío hace aquí, también! ¡Qué humedad!

Se levantó el cuello del frac; se escondió las manos en los bolsillos, y, acurrucado en sí mismo, cerró los ojos. No estaba muy a su gusto. Pero el deseo del espectáculo... Con el pensamiento, se trasladó a los salones del círculo, iluminados con luz eléctrica, tibios, espléndidamente amueblados... Veía a sus amigos... y ya cedía al sueño, cuando de repente...

—¿Qué pasa?

Abrió desmesuradamente los ojos, y la negra noche se le apareció en torno de una pavorosa soledad. Le tembló la sangre en las venas, presa de una vivísima agitación. ¡Un gallo, un gallo que había cantado a lo lejos, en algún sitio!.. Y ahora, otro gallo que desde más lejos le respondía, allá abajo, en la densa oscuridad.

—¡Caramba! Un gallo... ¡Qué miedo!

Se puso en pie: dió unos pasos hacia adelante y hacia atrás sin alejarse de aquel sitio, donde por un momento se había agazapado. Se hizo a

sí mismo el efecto de un perro que, antes de acostarse, siente necesidad de dar dos o tres vueltas. En efecto, volvió a sentarse, pero esta vez en tierra, junto al peñasco, para estar más incómodo y no dejarse vencer por el sueño.

Aquella era la tierra: estaba dura, muy dura, ya lo creo... Aun sentía la vieja tierra, pero para muy poco tiempo... Tendió una mano a unas matas enraizadas bajo aquel mismo peñasco y las acarició, como se acaricia a una mujer pasándole la mano sobre los cabellos.

—Esperas el arado que te desgarre, esperas la semilla que te fecunde...

Retiró la mano impregnada de una intensa fragancia de menta silvestre.

—¡Adiós, querida mía!—dijo agradecido al respirar aquella fragancia, que a modo de beso le enviaba la tierra hembra, a cambio de la caricia de sus manos.

Triste y taciturno, se hundió de nuevo en el pensamiento de su vida tumultuosa. Toda la repugnancia, todo el asco que le inspiraba se encarnó lentamente en su mujer. Imaginó a ésta en el acto de leer su carta, dentro de cuatro o cinco horas... ¿Qué haría?

—Y yo, aquí...—dijo.

Y se vió muerto, allí, tendido y descompuesto en medio del campo, bajo el sol, cerrados los ojos y las moscas en su boca.

Poco después, detrás de los montes lejanos, comenzaron a desvanecerse las tinieblas en imperceptible albor. ¡Ay, cuán triste y aflictiva era aquella primera levisima luz del cielo, cuando sobre la tierra reinaba aún la noche! ¡Parecía que el cielo sintiese pena en despertarla a la vida!

Pero poco a poco se alboreó sobre los montes el cielo todo, con ténue y fresquísima luz opalina que gradualmente dorábase y vibraba en su misma intensidad. Leves, vaporosas, rosadas ahora en aquella luz, a lo lejos parecían respirar las montañas. Y surgió por fin, flamígero y como delirando en su ardor triunfal, el disco del sol.

En el suelo, sucio, enfangado, Augusto Bombichi, con la cabeza apoyada en el peñasco, dormía profundamente, al ritmo estrepitoso del fuelle de su pecho.